

LA NOCHE DEL DESERTOR

Rafael Ruiz Pleguezuelos

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

ESCRITOR

SOLDADO

ÁNGEL

GUARDIA 1

GUARDIA 2

Izquierda y derecha, las del espectador

ESCENA PRIMERA

Un sótano lóbrego y húmedo, solamente iluminado por una claraboya en la parte superior de la izquierda. Ocupa casi todo el foro derecho una gran escalera de piedra. Arriba, a pie de la escalera, una puerta sólida.

A la izquierda y en primer término, reclinado sobre una mesa de oficina grande y destartada, el ESCRITOR duerme sobre un mar de folios desordenados, la cabeza sobre la mesa. Sostiene un papel en la mano. Un flexo con una luz triste es la única iluminación del escritorio, y aún cubre una porción realmente escasa del mismo. Aparte de la mesa de oficina, solamente vemos un catre en el hueco de la escalera, deshecho, harapos, y una silla. Junto al catre, una televisión vieja que tiene una manta echada sobre la pantalla. Una apertura en forma de chimenea a la izquierda del foro, muy cerca de la mesa de escritorio. Es un montacargas. Junto al montacargas, un lavabo pequeño con un espejo y un WC. La atmósfera es viciada e insalubre.

Un gozne rechina. La escalera se ilumina. Una luz amarillenta indica que la pesada puerta se abre. La luz se hace por un momento más intensa. Al instante, desciende de las escaleras el SOLDADO, palpando, intentando acostumbrarse a la oscuridad del lugar. Oímos cómo la puerta de acceso al sótano se cierra, con un sonido hermético como de cámara acorazada. El SOLDADO lleva un gran petate sobre la espalda. Hacia el final de su camino por la escalera, repara en el ESCRITOR. Se vuelve más cuidadoso al bajar. Deja su petate al pie de la escalera y

se acerca al ESCRITOR. Le observa un momento. Mira a su alrededor. Abre su petate y, cuando lo hace, un jarro de lata cae al suelo, ruidoso. El ESCRITOR despierta.

ESCRITOR.- *(más irónico que asustado)* Dime que no he muerto y que la muerte es ahora un soldado. Porque debemos andar cerca...

SOLDADO.- ¿Cómo?

ESCRITOR.- *(mostrando cierta decepción)* Ya veo que no eres la muerte. Ella me habría entendido.

El SOLDADO no parece entender la situación. Se encoge de hombros.

ESCRITOR.- Déjame que adivine entonces... eres un soldado.

El SOLDADO mira su ropa de militar, haciendo ver que la cuestión era bastante evidente. El ESCRITOR también observa la vestimenta del SOLDADO.

ESCRITOR.- Por lo menos estás en el bando correcto, por lo que veo. *(Ahora más para sí mismo que para su interlocutor)* Si es que existe tal cosa en una guerra.

SOLDADO.- En realidad solamente pensaba refugiarme aquí hasta que pasara lo peor. Nos habían dividido. *(Como si diera excusas.)* Mi sección ha sido prácticamente aniquilada. Solamente hemos escapado unos pocos. Yo estaba en la superficie, huyendo de los obuses que caían, he visto la trampilla...y no me lo he pensado. Llevan cargando sobre nosotros dos días enteros. La calle entera era un infierno, bombas cayendo y...--

ESCRITOR.- *(interrumpiéndole, seco)* ¿No estás muy limpio para venir de donde dices?

El SOLDADO no sabe reaccionar a la pregunta. Queda un momento sin decir palabra mirando su ropa, que, efectivamente, está absolutamente impecable, todo perfectamente abotonado y compuesto. Notamos que el ESCRITOR disfruta poniendo al SOLDADO en un compromiso con la pregunta.

ESCRITOR.- ¿Qué hacías en este edificio en realidad?

El SOLDADO no parece entender, pero esta vez su expresión es sincera. Tarda un momento en responder.

SOLDADO.- *(señalando.)* Arriba...no hay ningún edificio. Solamente ruinas. Como le he dicho, me protegía del fuego entre los pilares cuando he visto esta trampilla, y he entrado sin pensármelo.

El ESCRITOR permanece pensativo un momento.

ESCRITOR.- *(Con un extraño tono optimista)* Si ya ni siquiera hay edificio encima es que la cosa se está poniendo muy bien, sí señor.

SOLDADO.- *(Casi ofendido)* No entiendo por qué dices eso.

ESCRITOR.-*(Con toda naturalidad)* Hombre, porque yo comprendo que para un soldado lo de ahí arriba tiene que ser un auténtico infierno, claro, pero para un escritor trágico y negro como yo--

SOLDADO.- ¿Trágico?

ESCRITOR.- *(Remarcando cada palabra)* Y negro. No olvides lo de negro.

El SOLDADO está escandalizado por el cinismo y la frialdad con la que el ESCRITOR dice esas palabras.

SOLDADO.- Sigo sin comprenderte.

El ESCRITOR le señala la silla que hay junto a su mesa de despacho.

ESCRITOR.- Pues nada, nada. Siéntate que te lo explique... ¡Si tenemos todo el tiempo del mundo! *(Señalando hacia la puerta por la que ha venido el SOLDADO)* ¡Eso ya no se abre!

El SOLDADO mira a su vez hacia el tramo de escalera.

SOLDADO.- *(Mostrando poca convicción)* Yo... en realidad pienso volver con la compañía en cuanto sepa que no están cargando...

ESCRITOR.- *(Señalando hacia el pie de la escalera.)* Nada, ya no hay nada que hacer. Es imposible abrirla desde dentro.

SOLDADO.- ¿Lo has intentado?

ESCRITOR.- Vas a ser un mal compañero si tengo que repetirte todo más de una vez. Aunque en realidad...vas a ser un mal compañero de cualquier forma, porque lo que yo realmente necesito es estar solo.

El ESCRITOR insiste en mostrarle la silla. El SOLDADO vuelve a mirar a la parte superior de la escalera sin creerse demasiado lo que acaba de oír, y accede a sentarse. El ESCRITOR adopta la expresión del notario que, tras su mesa, intenta explicar un proceso complicado de la forma más sencilla de que es capaz.

ESCRITOR.- Mi escritura no sale de las flores, ni de la vida, ni lo bueno que ocurre a la gente. Eso es cosa de románticos y de cursis. Mi literatura, porque es pura, porque verdaderamente tiene interés, nace de lo más oscuro del corazón humano. Brota de la ciénaga, de la chatarra, del dolor, del miedo... escribo la tragedia negra de nuestra vida, y con lo que estamos viviendo, tengo trabajo para rato. Así que para mí el rumbo que está tomando esta guerra me viene muy, pero que muy bien. En realidad, los que nos mandan me están haciendo el trabajo. Eso sin contar con lo que hace el enemigo, que es de alguna manera la ayuda más importante que recibo. Y la más imaginativa.

El SOLDADO no sabe qué decir.

ESCRITOR.- Al contrario de lo que la gente piensa, las mejores páginas de la literatura han salido antes del aliento envenenado que del bendito... mueve mucho más el alma la carne corrupta y tentadora que la obediente y dócil. El escritor dulce opina, pero el escritor de lo podrido, el notario de la decadencia, crea opinión. A ti te habrá pasado: apenas si recordamos un sueño; sin embargo despertamos empapados en sudor cuando nos recorre una pesadilla. Yo aspiro precisamente a eso, a contar nuestra maldad, a testificarla, a dar fe de lo que el hombre es verdaderamente. Y me imagino que no hace falta que te diga en qué se ha convertido la humanidad si de verdad vienes del frente...

SOLDADO.- *(Aturdido por el discurso y demostrando una clara intención de cambiar el tema de conversación.)* ¿Cuánto tiempo llevas sin salir de aquí?

El ESCRITOR parece calcular. Busca un papel con anotaciones y lo repasa.

ESCRITOR.- Hombre, si hoy es jueves y estamos en... *(Farfulla la cuenta)* Dos años, ocho meses y doce días.

El SOLDADO se ha quedado con la boca abierta.

SOLDADO.- ¿Y nadie ha bajado aquí en todo este tiempo?

ESCRITOR.- Hasta ahora he estado muy a gusto, sí. *(Adoptando un tono trascendente y profundo)* No, no te sorprendas por lo que digo. Es que en realidad no puedo salir por mi... obra.

SOLDADO.- ¿Tu obra?

ESCRITOR.- Sí, chico, sí. Ella es la que me tiene aquí encerrado. Hasta que no ponga el punto final a mi novela, estoy condenado a respirar este aire. Al contrario de lo que la gente piensa, es la obra la que manda en el escritor y no al revés. Y mis páginas *(alborota un par de folios de muestra)* me dicen que mi *Relación Negra y Pormenorizada de las Tragedias y Penas de este Mundo* todavía no está concluida.

SOLDADO.- ¿Así se llama la novela?

ESCRITOR.- *(Seco, contestando de manera automática)* Así la llamo yo.

SOLDADO.- Yo de eso no entiendo demasiado, pero a lo mejor para los lectores sería mejor algo más breve...

El ESCRITOR fuerza una risa.

ESCRITOR.- No, no, sé lo que estás pensando, pero es que yo... no necesito lectores.

SOLDADO.- ¿No necesitas lectores?

ESCRITOR.- *(Con un marcado tono de desprecio.)* Lo del escritor con lectores es un invento burgués. Yo necesito escribir, no ser leído.

SOLDADO.- ¿Pues para quién escribes entonces? *(El SOLDADO hace una breve pausa antes de contestarse a sí mismo.)* No, no me lo digas: para ti.

ESCRITOR.- Veo que no me sigues. Te mentiría si te dijera que me sorprende, pero el caso es que no te enteras de nada. Creía habértelo dejado bien claro antes: escribo para la humanidad.

SOLDADO.- *(Irónico.)* Pero en la humanidad pudiera encontrar algún lector que otro, ¿no cree?

El ESCRITOR queda un momento pensando la frase del SOLDADO.

ESCRITOR.- En ocasiones me pareces dolorosamente tonto y en otras demasiado inteligente. Pero supongo que eso es porque después de tanto tiempo aquí abajo ya no me acuerdo de cómo son las personas.

El SOLDADO se pone de pie. Parece haber tenido bastante con lo que ha oído hasta ahora. El ESCRITOR intenta volver a trabajar. El SOLDADO repasa la geografía del lugar.

SOLDADO.- ¿Sabes para qué o cuándo se construyó este sitio?

ESCRITOR.- No tengo ni idea. Lo encontré por casualidad, como tú.

SOLDADO.- Lo digo porque el hormigón de su construcción debe tener un gran grosor. No se oye ningún estallido dentro. Aquí la tranquilidad es total.

ESCRITOR.- *(Remarcando cada palabra.)* Era total.

El SOLDADO hace como que no le ha escuchado. Sigue valorando la construcción. Toca las paredes y mira los anclajes y las juntas del hormigón. Por sus gestos y la manera en que observa, notamos que entiende del tema.

SOLDADO.- Yo es que entiendo de obra, ¿sabes? Antes de la guerra trabajaba en una constructora. Y quien hiciera esto... no escatimó en gastos. Se rascó el bolsillo pero bien. Porque es un auténtico búnker. Está a apenas unos metros de la superficie y no se oye nada.

ESCRITOR.- *(Irónico)* Una preciosidad, este sitio.

SOLDADO.- A mi padre le hubiera gustado que yo fuera arquitecto. Pero no tuve nunca mucha disciplina. No era nada tonto para la escuela, pero no acabada de gustarme. Yo quería estar siempre en la calle, y lo de estar sentado mucho tiempo no era para mí. Quería acción.

ESCRITOR.- Pues con la guerra te habrás hartado.

Parece que al principio el SOLDADO va a responder, pero después decide no tener en cuenta lo que acaba de decir el ESCRITOR y continuar con su charla.

SOLDADO.- Me salí del colegio en cuanto pude y empecé en una constructora del pueblo, así que al final en vez de hacer los edificios con la cabeza los hacía con las manos.

ESCRITOR.- Y después con la guerra pasaste de hacer los edificios a destruirlos.

SOLDADO.- Pues sí, más o menos.

ESCRITOR.- *(Ácido)* Una biografía apasionante. *(Señalando su escritorio.)* Disculpa pero es que tengo mucho trabajo...

El SOLDADO ignora sus comentarios una vez más y vuelve a la carga.

SOLDADO.- Es que estas paredes en realidad parecen...--

ESCRITOR.- Era una azucarera.

SOLDADO.- ¿Cómo dices?

ESCRITOR.- Este lugar. Antes de la guerra era una azucarera.

SOLDADO.- *(Irónico.)* Así que de pronto sabes lo que es.

ESCRITOR.- Solamente he ahorrado tiempo. Si no te lo digo habrías seguido hablando sin parar sobre construcción y dándome detalles sobre tu vida antes de la guerra, y al final hubiera tardado más en volver a mi novela. *(Ahora con un tono marcadamente didáctico.)* El azúcar era la única industria de la región hasta hace veinte años. Ya no queda ni rastro de la chimenea, pero yo recuerdo cuando se traía la remolacha aquí. Tres mil toneladas se manufacturaban diariamente. Es la razón por la que los alrededores están sembrados de vías de ferrocarril. Venían de todos los puntos cardinales hasta la azucarera. Mi padre plantaba azúcar, y también mi abuelo. En realidad cualquiera que viviera en la comarca.

SOLDADO.- A nosotros nos trajeron en vagones al frente. Para refuerzo. Antes de llegar nosotros hubo una carnicería tremenda. Estuvimos enterrando cuerpos durante días, en lugar de combatir. Aquello sí que te preparó el cuerpo para el combate que vendría después. Enterré a cientos de compatriotas. Yo creo que con alguno incluso había coincidido en alguna ocasión, en las visitas de regimientos.

El SOLDADO se detiene un momento. Duda si continuar, porque no logra descifrar si el ESCRITOR ha ganado algo en interés por escucharle.

SOLDADO.- Hará unos seis meses de esto, y desde entonces si acaso hemos retrocedido algo las líneas, más que avanzar. *(Enterneciéndose, con un aire nostálgico.)* Y por supuesto no he vuelto ni he sabido nada de casa en todo ese tiempo.

ESCRITOR.- *(Remarcando cada palabra.)* Venceremos si sobrevivimos. Esa es una de las frases cumbre de mi novela. *(De nuevo en el tono normal.)* Pues lo que contaba: mi padre sacó muchos kilos de remolacha para venderlos

aquí. Este fue durante muchos años su ciclo de Sísifo. Y ahora el mío, con la escritura. En el mismo sitio que mi padre. No deja de ser curioso.

El SOLDADO queda un momento sin saber qué añadir. Muestra que le decepciona que el ESCRITOR haya continuado la frase donde la dejara y no parezca haber prestado atención alguna a sus palabras. Finalmente se dirige hasta la escalera.

SOLDADO.- Voy a ver bien esa puerta. A lo mejor sí que hay alguna forma de abrirla.

ESCRITOR.- Ve. Comprueba si es una puerta o una lápida.

El SOLDADO sube escalera arriba. Al instante, el ESCRITOR se sumerge de nuevo en sus papeles. El SOLDADO toca la puerta, después las paredes, busca sin ningún fruto una bisagra, una rendija, algún botón o palanca...Baja un momento después. No le ha gustado lo que ha visto.

SOLDADO.- Ningún engranaje, ni bisagra ni nada... y el mecanismo totalmente oculto. Efectivamente, no hay mucho que hacer. Yo sigo sorprendido por lo mismo: no se oyen las explosiones ni siquiera cerca de la puerta. Con la que había liada ahí fuera... es extraño.

ESCRITOR.- *(En realidad demostrando que no le interesa en absoluto.)* Sí, mucho.

SOLDADO.- No te preocupa demasiado, por lo que veo...

ESCRITOR.- *(Con una actitud paternal.)* Te lo he intentado explicar antes, pero es que para mí esta guerra es solamente... cómo lo diría... material de trabajo.

SOLDADO.- ¿Material de trabajo?

ESCRITOR.- Exacto. Combustible para mi novela.

SOLDADO.- *(Indignado.)* ¿Cómo puede decir eso? ¿Y toda la gente que ha muerto?

ESCRITOR.- Material de trabajo.

Ve en la expresión del SOLDADO la necesidad de matizar sus palabras.

ESCRITOR.- En realidad escribo por ellos, por los muertos. Para que algo así no vuelva a ocurrir, alguien tiene que describirlo con todo detalle y mostrar a los demás qué pasa si todos nos volvemos locos, o si todos deseamos lo mismo, si todos somos corruptos o nos queremos enriquecer al mismo tiempo... ¿Lo entiendes ya algo mejor?

SOLDADO.- No sé qué decirte... es una forma de verlo que pone el vello de punta... si todos pensáramos así...¿No tienes familia, gente a la que quieras...?

ESCRITOR.- Otra vez se nota que sabes muy poco de los escritores. Claro que tengo todo eso que dices, pero precisamente ese es el material de trabajo más importante para un escritor: su vida, y la de las personas que quiere. Esa es la materia de la literatura. El aire que robas a los demás, la vida que vas quitando a los que tienes cerca. Todo lo que ocurre a tu alrededor es como la harina para el panadero. Solamente hay que amasarlo, manipularlo, meterlo en el horno... y contemplar la obra. O comértela.

De nuevo, el SOLDADO muestra su contrariedad.

ESCRITOR.- Te desagrada lo que digo, ¿verdad?

El SOLDADO asiente. El ESCRITOR se pone de pie y se aproxima al SOLDADO.

ESCRITOR.- Y lo comprendo, no creas. Lo que ocurre es que son muy pocas las personas que pueden entender esto que te digo. No te preocupes. No eres el primero ni serás el último. *(En un tono confidencial, acercándose al SOLDADO.)* Hay que ser tan inteligente como yo para entenderlo.

Lo que el SOLDADO demuestra entender es que su interlocutor está completamente loco. Se acerca a su mochila, la abre y empieza a removerla. El ESCRITOR vuelve a concentrarse en sus papeles.

SOLDADO.- Sigo pensando que a lo mejor has pasado demasiado tiempo aquí dentro. Si hubieras visto lo de ahí arriba recientemente, estoy seguro de que opinarías de otra forma. Nos hemos pasado días y días pegados cuerpo con cuerpo, con la cabeza metida en la tierra mientras las explosiones zumbaban a nuestro alrededor. Si hubieras oído los quejidos de los heridos, nuestros nervios destrozados, muchachos llorando debajo de las máscaras anti-gas... Mi compañero, mi mejor amigo, estuvo tres días escupiendo sangre hasta que se lo llevaron, y después nada. Porque los que se van, los que dejas de ver, no vuelven nunca, ni nadie llega a darte noticia de ellos. Y tú rezas todo lo que sabes para no ser mañana uno de esos que desaparecen. He estado una mañana entera disparando apoyado en el cadáver de un compañero...Pero claro, tú a lo mejor no has visto eso que te estoy contando...

ESCRITOR.- Esta conversación la hemos tenido ya. No espero que lo entiendas, pero en realidad estoy aquí encerrado para que eso no vuelva a ocurrir.

El SOLDADO mira hacia donde está el ESCRITOR, que vuelve a sentarse tras su mesa y torna la atención a sus papeles, y comprueba que está totalmente absorto en su trabajo. Vuelve a remover la mochila y saca de ella un trozo de queso y pan.

SOLDADO.- ¿Quieres?

ESCRITOR.- No, prefiero esperar. ¿No decías que venías directamente de la línea de fuego? ¿Con comida en el petate?

El SOLDADO duda un momento antes de responder.

SOLDADO.- Al cuarto día nos hicieron volver al campamento y cambiaron la primera línea. Esta madrugada nos dieron la sorpresa de que volvíamos al frente y nos soltaron en esta zona.

El ESCRITOR vuelve a mostrar desconfianza ante la historia del SOLDADO.

SOLDADO.- *(Volviendo a ofrecer la comida con un gesto.)* Es queso del bueno, no lo que nos dan normalmente. Después de alimentarnos con una sopa que era agua sucia la mayor parte del tiempo, ayer nos regalaron esta delicia. El mejor que he probado en mucho tiempo, supongo. *(Intentando gastar una broma.)* A lo mejor sabían que nos iban a matar a todos y dijeron, ¡vamos a darles al menos una buena última comida!

El SOLDADO comprueba que su broma no ha tenido éxito. Se sienta en la silla y empieza a comer. Hay un momento de silencio y el SOLDADO vuelve a la carga.

SOLDADO.- ¿Qué comes aquí abajo si no sales nunca? *(Aguarda en vano respuesta.)* ¿O los poetas no comen?

Ahora sí ha llamado la atención del ESCRITOR. Levanta la vista de sus papeles.

ESCRITOR.- *(Tajante, seco.)* Yo nunca he dicho que fuera poeta.

SOLDADO.- Como te has presentado como escritor, yo entendí...

ESCRITOR.- Soy novelista. Querer ser poeta en lugar de novelista es como querer ser un canario en lugar de un águila. Si alguien puede ser águila, lo demás sobra...

SOLDADO.- (*Buscando no complicarse.*) No, si está clarísimo... ¿Y tú prefieres ser águila entonces?

ESCRITOR.- (*De manera inmediata.*) Soy águila.

SOLDADO.- Ya. ¿Pues aquí dentro vuelas más bien poco, ¿no te parece?

Vuelve a fracasar en su intento de que el ESCRITOR siga una broma. Toma otro bocado.

SOLDADO.- De todas formas no me has respondido a mi pregunta de qué comes aquí abajo.

El SOLDADO observa la cara de fastidio del ESCRITOR ante la nueva interrupción.

SOLDADO.- Después ya no te interrumpo más. Te dejo que sigas con tu novela.

Al decir la última palabra el SOLDADO, se ilumina el montacargas que hay en el foro izquierdo. El ESCRITOR recoge algo sus papeles, dejando espacio libre en la mesa. De uno de los cajones de su mesa de escritorio, saca unos cubiertos y una servilleta amarillenta. Coloca todo sobre la mesa de trabajo con parsimonia y algo de teatro. El SOLDADO mira alternativamente al montacargas y al ESCRITOR, que cuando acaba la operación se pone de pie y se dirige hacia el aparato. Recoge del vano una bandeja con dos platos humeantes. Los coloca encima de la mesa y se sienta, dispuesto a comer. El ESCRITOR no hace más que mirar a uno y otro plato. Son idénticos. Expresa con gestos que no debería haber dos sino solamente uno-

SOLDADO.- ¡Por eso querías esperar! ¡Lo que saben los escritores!

ESCRITOR.- Por eso *merecía la pena* esperar. Pero de todas maneras hay algo que no cuadra.

SOLDADO.- ¿Qué es lo que no cuadra?

ESCRITOR.- Que bajen dos platos. Nunca había ocurrido. Siempre aparecía solamente uno.

SOLDADO.- A lo mejor sabían que yo estaba aquí.

ESCRITOR.- ¡Qué tontería! ¡Vamos!

El ESCRITOR adopta un semblante más serio. Intuimos que le desagrada la idea de que ahora bajen dos platos y de que pueda deberse a que el SOLDADO está con él.

SOLDADO.- Te has quedado muy serio de pronto.

ESCRITOR.- No, no es nada. Es solo que yo pensaba que lo de la comida era una especie de... regalo del cielo para que pudiera acabar mi obra. Algo que yo merecía. Pero si aparecen dos platos lo lógico es que uno sea para ti. Así que siéntate y come.

SOLDADO.- Yo en realidad ya... con el queso me encuentro bien...

Los ojos del SOLDADO dicen lo contrario que él. Parece que se va a comer el pollo con los ojos.

ESCRITOR.- ¡Déjate de disimulos! ¡Te estás comiendo el pollo con la vista desde que lo he sacado! Además, yo no me puedo comer todo esto. Con el estómago tan lleno no podría trabajar después y el ritmo de mi obra se resentiría. El hambre ha dado a la literatura mejores páginas que la barriga llena, te lo puedo asegurar.

El SOLDADO se sienta a la mesa. Mientras come las primeras tajadas con avidez, observa al ESCRITOR, que está claramente contrariado.

SOLDADO.- Siento molestarte con mi presencia aquí abajo. Solamente buscaba un lugar en el que resguardarme, y no podía saber que hubiera alguien ya.

ESCRITOR.- Esta guerra es tan larga que hasta los agujeros de los cobardes están llenos. Ya lo dicen los italianos: "In tempo di guerra ogni buco è trincea" Yo también he dicho una tontería, de todas formas. Es que siempre había pensado que bajaba un plato para mí porque realmente lo merecía, como una especie de pago a mi trabajo en este sitio.

SOLDADO.- (*Intentando contentarle.*) Ya. A lo mejor eran los dos para ti. Doble ración.

ESCRITOR.- No, no. Tiene más sentido que hayan puesto uno para ti.

SOLDADO.- De todas formas... ¿De dónde procede la comida?

ESCRITOR.- No tengo ni la más remota idea. Pero, aunque no tengo reloj ni ganas de tener uno, yo diría que baja cada día a la misma hora.

SOLDADO.- ¿No te importa ignorar de dónde viene lo que comes, ni quién la hace, ni...?

ESCRITOR.- *(Al principio reacciona con un suspiro, como si se encontrase fastidiado por tener que explicarlo todo. Después adopta una expresión de orador, como si ofreciera un discurso a un amplio auditorio.)* Soldado, has puesto el dedo en la llaga. Porque eso que acabas de decir es precisamente la historia de la democracia en Occidente. O mejor dicho: ese es nuestro gran pecado. Lo teníamos todo y no nos preguntábamos de dónde salía. Simplemente estábamos contentos porque estaba allí. La guerra que hay ahí arriba, la que te ha dejado así *(El SOLDADO se mira y se pregunta a qué se refiere con ello.)*, tiene ese origen, precisamente. En nuestros países nunca, nadie, pareció preguntarse de dónde venía nada. Hasta que estalló esta nueva guerra. Algunos ni siquiera se hicieron preguntas después de que murieran los primeros cientos de miles.

SOLDADO.- Pero tú tampoco te lo preguntas ahora, por lo que veo.

ESCRITOR.- No, yo tampoco, claro que no. Y es que eso que tú me planteas tiene... como diría... implicaciones antropológicas. ¿Cómo te explicaría yo...? Como europeo, como intelectual europeo, puedo ser una mente privilegiada--

El SOLDADO sonríe ante su falta de modestia. Por un momento parece que el ESCRITOR va a rectificar la frase, pero después continúa como si nada.

ESCRITOR.- ...como de hecho lo soy, pero lo que me resulta imposible es pretender a esta altura de mi vida ser lo que no soy. *(Ante la mirada del SOLDADO)* Me explico mejor: solamente puedo ser europeo, y por mucho que quiera no puedo separarme de esas costumbres que están grabadas a fuego en mi cabeza y mi corazón. Igual que tú.

SOLDADO.- ¿Yo?

ESCRITOR.- Te voy a poner un ejemplo de tu propia vida, para que veas que cuando ya estamos hechos en una cultura no hay manera de pensar de manera diferente. Seguro que tienes por ahí, en algún bolsillo de la guerrera, la foto de tu prometida.

SOLDADO.- Pues sí. ¿Hay algo de malo en ello?

ESCRITOR.- ¡Claro que no! Ella será bonita y habrá sufrido muchísimo en esta guerra y tú querrás que todo acabe para casarte con ella y tener una casa y que te despida por la mañana al ir al trabajo, o que os marchéis juntos a trabajar. Y tener hijos, un par de críos. A ser posible niño y niña, la parejita. ¿No quieres todo eso?

SOLDADO.- Claro. ¡Pues como todo el mundo!

ESCRITOR.- Pues eso. Que eres totalmente europeo. Si fueras miembro de la tribu de los *Entoyé*, en Nueva Guinea, no te importaría lo más mínimo que tu mujer fornicara con el jefe del clan antes de la batalla, porque entenderías que eso le iba a hacer más feliz y por tanto mejor guerrero, y pensarías que la pervivencia y salud de tu pueblo dependía de la cantidad de mujeres que el jefe de tu clan se pasara por la piedra. Es más la acompañarías tú hasta su choza para que...

SOLDADO.- (*Realmente no sabe cómo interpretar las palabras del ESCRITOR.*) Nunca lo había pensado, la verdad...

ESCRITOR.- ¡Pues claro que no lo has pensado! Serías un sujeto rarísimo si lo hubieras hecho.

SOLDADO.- Si, vamos, no creo que sea lo normal imaginar a tu novia ahí...
(*Notamos que intenta apartar esa visión de su mente.*)

El SOLDADO saca la fotografía de uno de los bolsillos de su guerrera. La tiene dentro de un pañuelo con muchos dobleces. La deslía con sumo cuidado y se la enseña al ESCRITOR.

SOLDADO.- Se llama Inés.

ESCRITOR.- Inés... un nombre muy literario.

SOLDADO.- Sí, claro. ¿Lo dice por el *Don Juan*, verdad?

ESCRITOR.- Efectivamente... la obra más perfecta que he visto en escena.

SOLDADO.- ¿Eso cree de verdad? A mí también me gusta... con las conquistas, los desafíos, las espadas...

ESCRITOR.- El *Don Juan* es una obra perfecta sobre todo porque es, como la humanidad, tremendamente imperfecta. Exagerada, excesiva, apasionada... igual que nosotros. Además, se representa normalmente el día de los difuntos, que es algo que a mí me encanta. Bien pensado, en período de guerra como el de ahora habría que representarla a diario, ya que todos los días parecen ser el de los difuntos.

El ESCRITOR le devuelve la fotografía. El SOLDADO la besa antes de guardarla.

SOLDADO.- (*Reflexiona un momento antes de volver a hablar.*) Tiene sentido eso que dices de que todos los días de la guerra son el de los difuntos, aunque sea un pensamiento muy triste.

A lo mejor te pido un día de estos que le escriba una carta de amor a mi novia.

ESCRITOR.- *(seco, demoledor.)* Por aquí el correo hace tiempo que no pasa.

SOLDADO.- No, eso ya lo sé. Es por si me pasara algo. Si muero en el frente o aquí abajo, a lo mejor mis cosas sí que se las harían llegar a ella. Yo creo que normalmente lo hacen. Y si eso ocurriera, me gustaría que leyera una carta en la que yo le contara cómo la echo de menos, y todo lo que me he acordado de ella en este tiempo. Yo podría escribirlo, claro, no soy ningún ignorante, pero no como tú, desde luego...

ESCRITOR.- No pienso hacerlo. Quítatelo de la cabeza.

El SOLDADO se queda frío. No esperaba una respuesta tan tajante. El ESCRITOR nota que ha sido demasiado brusco. Le notamos arrepentido.

ESCRITOR.- Digo que... esta noche me va a ser imposible. A lo mejor mañana. Es que tengo que acabar un capítulo.

SOLDADO.- Sí, claro, no te preocupes. Como has dicho antes, aquí el tiempo es precisamente lo que nos sobra. *(Vuelve a animarse.)* Es que la echo tanto de menos... ¿Tú no añoras a alguien en particular, aquí abajo?

ESCRITOR.- *(Con un tono grave.)* La verdadera respuesta a esa pregunta es si alguien me ha echado de menos desde que estoy en este sótano.

El SOLDADO ve la necesidad de cambiar de tema.

SOLDADO.- Cuando escribas la carta, intenta hacerla con mucho, mucho amor, una carta que sea educada pero encendida, tú ya me entiendes...

El ESCRITOR se señala la ropa y el pelo, llamando la atención sobre su aspecto.

ESCRITOR.- ¿Tengo pinta yo de haber estado enamorado alguna vez?

SOLDADO.- Vamos, no me digas que... todo el mundo ha estado enamorado en alguna ocasión. Es algo que yo creo que cualquiera...

El ESCRITOR se pone de pie, incómodo. Recoge su plato. El SOLDADO hace ademán de imitarle y el ESCRITOR le indica con un gesto que no se moleste, que él recoge la mesa.

ESCRITOR.- Hoy yo te enseño cómo se recoge y a partir de ahora lo haces siempre tú. Con eso puedo ganar casi un minuto para mi obra.

El ESCRITOR simplemente deja caer la bandeja con los restos de comida por el hueco del montacargas. No se oye caer. El SOLDADO se acerca y mira el agujero. Espera un golpe de caída que nunca se produce.

ESCRITOR.- ¿Has visto cómo se hace? Pues eso. Mañana habrá otra bandeja nueva. Fin de la historia.

SOLDADO.- *(De veras sorprendido.)* ¿Mañana?

ESCRITOR.- ¿Pero cuantas veces quieres comer al día?

SOLDADO.- Hombre, pues por lo menos- -

ESCRITOR.- Aquí aprenderás, como yo, a ser más espiritual.

SOLDADO.- ¿Espiritual?

ESCRITOR.- Que vas a pasar hambre, vamos.

SOLDADO.- Ya, bueno, si eso es lo que hay, nos apañaremos. Al menos hasta que sea capaz de abrir esa puerta o saber a dónde conduce la chimenea por la que tira la comida. *(Mira hacia arriba, al lugar del que procede la luz.)* Porque llegar a la claraboya es poco menos que imposible... *(Con un tono detectivesco, y señalando el montacargas.)* ¿Ha subido mal olor por ahí? ¿A agua estancada, a la comida descomponiéndose?

ESCRITOR.- Ningún mal olor que destacara sobre el hedor que hay aquí normalmente. *(Señalando a su alrededor.)* Esto, como ves, no es precisamente un jardín de flores.

El SOLDADO mete medio cuerpo en el hueco del montacargas y lo explora hacia arriba y abajo.

SOLDADO.- Bien, es cuestión de ver las posibilidades. Si tuviéramos algún tipo de herramienta, no sé, una cuerda, yo intentaría bajar...

ESCRITOR.- Puedes intentar cualquier cosa para la que no necesites mi ayuda.

El SOLDADO continúa un momento calculando las posibilidades del lugar.

SOLDADO.- Algo se me ocurrirá. Ya encontraré la forma de salir, antes o después.

ESCRITOR.- *(Se acerca al SOLDADO. Con un tono paternalista)* No te canses. Y sobre todo no te engañes ni intentes fingir conmigo. *(Acercándose aún más, casi pegando su cara a la del SOLDADO)* Los dos sabemos que en realidad queremos estar aquí. Por razones distintas, seguro, pero a los dos esta cárcel de hormigón nos da tranquilidad por el momento. ¿O no?

Notamos al SOLDADO algo aturdido tras las palabras del ESCRITOR. Se aparta de él expresando cierta confusión. El ESCRITOR vuelve a su lugar de trabajo y despliega sus papeles.

SOLDADO.- *(Demostrando que por encima de todo quiere cambiar de tema)*
Después de haber comido, y con todo lo que me ha pasado hoy, no me importaría echar una cabezada.

El SOLDADO mira hacia el catre.

SOLDADO.- En dos camas sí que no han pensado.

ESCRITOR.- Puedes utilizar la mía. Yo casi nunca duermo. Necesito el tiempo para-
-

SOLDADO.- *(Completando la frase por él.)* Para tu obra.

ESCRITOR.- Exacto. Ya lo vas entendiendo. Además, con el tiempo he llegado a la conclusión de que no es cierto eso de que el sueño de la razón produzca monstruos. El sueño de la razón no produce nada de nada. Duermes, luego despiertas y tu obra está exactamente igual que estaba. Has perdido el tiempo. Prefiero lo de Picasso, eso de que uno tiene que procurar que la inspiración te pille trabajando.

SOLDADO.- Todo eso está muy bien, aunque no lo entienda del todo, pero no me negarás que alguna vez echarás una cabezada...

ESCRITOR.- En resumidas cuentas, que el catre es tuyo. Saluda a las chinches...

El SOLDADO se acerca al catre y remueve la ropa, prácticamente harapos.

SOLDADO.- ¿Tiene muchas?

ESCRITOR.- Era una broma. No hay ninguna, y supongo que la auténtica explicación es que ni siquiera a las chinches les gusta vivir aquí.

El SOLDADO se sienta sobre la cama y se desata las botas. El ESCRITOR se concentra de nuevo en sus papeles. Notamos que repasa un texto leyendo para sí mismo, pero moviendo los labios. Parece satisfecho por lo que acaba de leer. Anota algo sobre el papel.

ESCENA SEGUNDA

El mismo escenario. El ESCRITOR, absorto en sus papeles, repasa en voz alta un fragmento de su obra. El SOLDADO despierta al momento. Parece aturdido. Mira alrededor, casi como si fuera la primera vez que ve el lugar. Notamos que la barba del SOLDADO está crecida.

ESCRITOR.- Y despertó Morfeo en su lecho de ébano...

SOLDADO.- ¿Cómo?

ESCRITOR.- Que ya te has despertado...

SOLDADO.- Sí, y eso que al principio me costó dormirme. *(Estirándose y demostrando que le duele todo.)* Se me ha metido esta humedad en los huesos... pero bueno, al final sí que me he quedado medio traspuesto.

ESCRITOR.- ¿Traspuesto dices? Has dormido tres días completos. *(Mostrándole un puñado de folios.)* Casi me da tiempo a acabar un capítulo.

El SOLDADO se incorpora, incrédulo.

SOLDADO.- Eso no puede ser verdad.

ESCRITOR.- *(Señalando hacia el suelo.)* Si yo fuera tú me ponía las botas. No quisiera tocar mucho tiempo este suelo con los pies desnudos.

El SOLDADO le da la razón y se sienta en el catre, comenzando a ponerse calcetines y botas.

SOLDADO.- ¿Cómo que tres días? No puede ser, si ha sido solamente una cabezada...

ESCRITOR.- *(Adoptando un tono misterioso)* Tres días, tres años, tres minutos... no tienes forma de averiguarlo, soldado. Tu única manera de saberlo soy yo, y yo digo que son tres días. Así que a todos los efectos has dormido tres días completos. Si te paras a pensar podría decir que han sido veinte años, o diez días, y tendrías que creerme igualmente. No hay relojes en este sótano, porque la desgracia no custodia el tiempo.

El SOLDADO ha acabado de atarse las botas. Se pone de pie y se dirige hacia el lugar en el que se encuentran el lavabo y el espejo. Se mira en el espejo.

SOLDADO.- *(Pasándose la mano por el rostro.)* La verdad es que mi barba ha crecido...

ESCRITOR.- Tres días, te lo he dicho. Y si seguimos así, van a pasar otros tres días hasta que reconozcas que he dicho la verdad.

SOLDADO.- Voy a afeitarme.

ESCRITOR.- *(Irónico)* ¡Bravo por la disciplina militar!

El SOLDADO busca en su petate una cuchilla y espuma. Vuelve frente al espejo y comienza a enjabonarse.

ESCRITOR.- Es en lo único en lo que se parece un escritor y un soldado: en la disciplina. Una vez preguntaron a William Faulkner cuál era el secreto de un buen escritor, y ¿sabes lo que respondió?

SOLDADO.- *(Sin demostrar demasiado entusiasmo)* No.

ESCRITOR.- Noventa y nueve por ciento de talento...noventa y nueve por ciento de disciplina...noventa y nueve por ciento de trabajo. ¿Qué te parece?

SOLDADO.- Me parece muy bien.

ESCRITOR.- Sí, qué pena que Faulkner no reuniera ninguna de esas condiciones. Pero la regla, pensándola hoy, todavía me conmueve. E intento llevarla a la práctica.

SOLDADO.- Pues yo la disciplina militar, me vas va a perdonar, la encontraba un coñazo.

ESCRITOR.- Y así es como debes encontrarla. *(Con ojos de visionario.)* Tú la necesitas pero no la quieres, y el verdadero genio la quiere pero no la necesita. Si uno lo piensa...esa es la fórmula perfecta, mucho mejor que la de Faulkner. Acabo de verlo.

El ESCRITOR saca un folio en limpio y anota la frase, repitiéndola entre dientes con una clara expresión de orgullo. El SOLDADO le mira, sorprendido por sus excentricidades.

SOLDADO.- ¡Pues si lo dices será verdad!

ESCRITOR.- ¡Pues claro que es verdad, no te quepa la menor duda! Pero lo que te da la grandeza, soldado, verdaderamente, no es tu condición de militar, que tú mismo confieras que es coyuntural y obligada. Lo que te da una auténtica dimensión heroica y merece toda mi admiración es haber desertado.

El SOLDADO deja de afeitarse. Mira hacia su interlocutor, escandalizado.

SOLDADO.- ¿Cómo dices?

No encuentra respuesta en el ESCRITOR, que ha vuelto a sus papeles.

SOLDADO.- ¿Cómo te atreves?

El ESCRITOR está tranquilo. No parece imponerle demasiado la reacción del SOLDADO.

ESCRITOR.- Esa historia que me contaste cuando llegaste de los obuses cayendo y la trampilla que encuentras por casualidad entre unas ruinas, ese hambre atrasada que después... no había quién se la creyera. Y luego están las notas de tu diario, claro. Que por cierto no está nada mal escrito. Para ser un albañil al que no le gustaba nada la escuela tienes un estilo limpio, y sin una falta de ortografía...

El SOLDADO se acerca a su petate, indignado, y comprueba que su diario sigue en el mismo sitio. Después vuelve frente al espejo y continúa afeitándose.

SOLDADO.- ¿Quién te ha dado permiso?

ESCRITOR.- Nadie, como te imaginas. Pero me temo que no hay leyes del honor aquí abajo. No hay leyes de ningún tipo, y eso lo hace un escondite maravilloso. Las únicas reglas son intentar conocernos para vivir en la mejor armonía posible en este cubículo inmundo. Esa y no otra es la única carta magna de este lugar. Guerra arriba y nada abajo. Decide.

SOLDADO.- Pues deberías saber que husmear en mis pertenencias aprovechando que estoy dormido no es la mejor forma de hacer que haya armonía entre nosotros.

ESCRITOR.- Lo único que he hecho ha sido adelantar el reloj. Ganar tiempo. Me lo ibas a decir de igual forma. Antes o después te derrumbarías y confesarías tu desertión, porque soy el único otro individuo presente en esta fosa para vivos. Así que lo único que he hecho ha sido ahorrar preámbulos, excusas e introducciones innecesarias y tediosas.

SOLDADO.- O sea, que cotillear en mis cosas solamente tiene ventajas.

ESCRITOR.- En nuestra posición actual, sí. De todas formas, no tienes de qué avergonzarte. Bukowski fue un desertor, y Bertrand Russell también. Insumisos o desertores, ¿qué más da? Lo más bello de una guerra es que algunos no la deseen, que la mayoría enloquezcan o mueran, y que otros,